

L. D. LAPINSKI

EXTRAMUNDOS

AGENCIA DE VIAJES



El bosque de las tormentas

ANAYA

L. D. LAPINSKI

EXTRAMUNDOS

AGENCIA DE VIAJES

El bosque de las tormentas

Traducción de Ana Belén Fletes Valera

ANAYA

Título original: *The Strangeworlds Travel Agency.*
The Secrets of the Stormforest

1.ª edición: mayo de 2022

© Del texto: L. D. Lapinski, 2022
Publicado por primera vez por Orion Children's Group,
Hachette UK Company

© De la traducción: Ana Belén Fletes Valera, 2022

© Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Ilustración de cubierta de Jérémie Fleury



ISBN: 978-84-698-9133-9
Depósito legal: M-10281-2022
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Y para todos los que han acompañado a
Flick, Jonathan y Avery
en sus aventuras

«Antes de morir,
los cobardes han muerto muchas veces;
los valientes solo prueban una vez
el sabor de la muerte».

William Shakespeare, *Julio César*
(acto II, escena II, línea 34)

Edición de Espasa Calpe, colección Austral,
traducción y edición Ángel Luis Pujante

PRÓLOGO

Little Wyverns. Noviembre, 1873

La tarde que llegó la desconocida debería haber sido una noche oscura y tormentosa. Habría sido más apropiado para nuestra historia.

Pero lo cierto es que era la tarde más tranquila de las últimas semanas para Henry L'Estrange. El ambiente era, eso sí, bastante desangelado bajo la luz tenue de la farola de gas que había en la acera de enfrente esa tarde de principios de invierno. Henry tuvo que reprimir un bostezo, y eso que aún faltaba mucho para la hora del cierre.

Había sido un día muy ajetreado, para lo que era habitual en él. Había vendido un maravilloso crucero a uno de sus clientes habituales y reservado billetes de tren y de barco para varios más. Henry estaba deseando que llegara la hora de cerrar y marcharse a casa. Unas figuras oscuras pasaban de vez en cuando por delante del mirador de la tienda; empleados de oficina que salían del trabajo. Henry no tenía muchas esperanzas de vender nada a esas horas: la gente que trabajaba en oficinas no era de la que hacía grandes viajes al extranjero. Retomó la lectura.

La campanilla vibró cuando se abrió la puerta. Levantó la vista y se encontró con una joven bien vestida, enfundada

en un abrigo de viaje y con dos maletas: una de cartón marrón que parecía que había tenido bastante trote y otra pequeña de color rojo brillante con herrajes dorados relucientes. La joven iba bien vestida y llevaba el pelo recogido en un moño. Cerró tras de sí sin hacer ruido y Henry se levantó y le dirigió su mejor sonrisa de vendedor.

—Buenas tardes, señorita.

La mujer no le devolvió la sonrisa, sino que le dirigió una aguda mirada y después habló sin presentarse siquiera.

—La habitación de arriba. ¿Puedo dormir ahí esta noche?

Henry estaba tan estupefacto que se sentó de nuevo. ¡Menuda pregunta! ¡Y lo preguntaba como si fuera lo más natural del mundo! No sabía qué decir.

—Yo... No estoy seguro de...

—Puedo pagarle —lo interrumpió ella mientras sacaba un monedero que parecía pesar.

—¿Se encuentra usted en algún tipo de peligro, señorita? —preguntó Henry a bocajarro, pues no había otra manera de preguntarlo.

—Sí —contestó ella—, así es.

—Entiendo —mintió Henry, muy confuso.

El día acababa de dar un giro de ciento ochenta grados con la llegada de aquella mujer desconocida y eso que no llevaba más de un minuto en la tienda. Las maletas, el dinero... allí pasaba algo raro. La ropa de la joven era demasiado elegante para que fuera una criada, pero se notaba que estaba gastada por el uso. Estaba sucia y el bajo del vestido estaba deshilachado. Era evidente que huía de algo.

Henry estaba tratando de decidir qué hacer cuando la mujer se quedó mirando los mapas enmarcados que colgaban de las paredes de la agencia de viajes.

—¿Son suyos? —preguntó.

—Sí. Bueno, son comprados —explicó él saliendo de golpe de su ensimismamiento—. Tenemos un cartógrafo en Hay-on-Wye que nos dibuja los mapas. Es bastante bueno, ¿a que sí?

La chica esbozó una sonrisilla, pero no fue a más.

—Posee cierta habilidad.

—¿Cierta habilidad?

La chica dejó las maletas en el suelo, abrió la de cartón gastado y metió la mano enguantada en el interior, de donde sacó una carpeta encuadrada en piel. Se la entregó a Henry, que la abrió encima de la mesa.

Se quedó boquiabierto.

Dentro de la carpeta había mapas. Páginas y páginas y más páginas de mapas. Mapas de ciudades, de países, de costas que no reconocía siquiera. Cada uno meticulosamente detallado, lleno de colorido; parecía que casi chorreaban tinta de buena calidad.

Levantó la vista hacia ella.

—¿Quién los ha hecho?

—Yo —dijo ella llanamente—. Soy cartógrafa. Entre otras cosas.

Henry tomó uno de los mapas por el borde. Era de la ciudad de Edimburgo.

—Es una maravilla, señorita. ¿Quién le enseñó a dibujar así?

La joven vaciló.

Henry se dio cuenta de que la pregunta la había incomodado y cambió de tema.

—Supongo que no los venderá. Estaría encantado de quedarme con algunos si necesita dinero.

—No necesito dinero —contestó—. Al menos de momento. Pero sí necesito un lugar para dormir.

No había duda de lo que pretendía. Henry se debatía entre el deseo de comprar alguno de aquellos mapas y el malestar que sentía desde que había entrado a la agencia. Dejó el mapa en la mesa mientras trataba de decidirse. En una esquina del mapa, escrito con tinta negra de buena calidad, se leía el nombre Elara Mercator.

La mujer lo miraba con ojos cansados que mostraban desesperanza. Henry supo por su rostro que no iba a pedirselo por tercera vez.

Carraspeó antes de hablar.

—Creo... creo que no habría problema en que se quedara una noche, señorita Mercator. La habitación está un poco desordenada, pero seguro que podemos...

—Gracias —lo interrumpió ella relajando los hombros con alivio—. Puedo dormir en cualquier parte que tenga suelo. —Recogió la carpeta, excepto el mapa de Edimburgo, que dejó encima de la mesa—. Le agradecería que no le dijera a nadie que me he quedado aquí.

—Entiendo.

—Eso espero —repuso ella con un deje de temor en la voz por primera vez—. La gente que anda buscándome puede ser de lo más persuasiva.

Henry sintió que un escalofrío le recorría la piel. Tenía la impresión de que la decisión de alojar a aquella mujer en su casa había alterado, ensanchado incluso, su mundo en cierta forma, aunque el cambio había sido tan precipitado y sutil que no podría decir en qué consistía exactamente.

Condujo a Elara al piso de arriba y esta se acomodó en la habitación que daba al frente tras indicar con un gesto a Henry que podía irse y llevarse la lámpara consigo.

—Recuerde, se supone que no estoy aquí —dijo mirándolo desde el interior de la habitación—. Cierre como siempre y yo me quedaré aquí a oscuras. Debe hacerlo todo como de costumbre. No diga nada que pueda hacer sospechar que estoy aquí.



A la hora de cerrar, Henry casi se había olvidado de su extraña huésped. Pero justo cuando estaban a punto de dar las siete, la campanilla que había sobre la puerta avisó de que alguien acababa de entrar y Henry levantó la vista del libro de la contabilidad.

Un hombre y una mujer entraron en la agencia y algo en ellos le heló la sangre en las venas. No podría precisar qué. Tal vez fuera su altura (ambos lo superaban con mucho), o puede que fueran sus ojos excesivamente brillantes, que se movían a toda velocidad por la habitación como si buscaran algo. O puede que fuera por su piel, lisa y sin arrugas pero con apariencia desgastada, como la gasa, fina y casi transparente.

—Buenas tardes —dijo levantándose con gesto cansino.

Al igual que Elara, ninguno le devolvió el saludo. El hombre movió la cabeza y el cuello como una serpiente buscando un ratón. La mujer se dirigió a Henry y sacó una foto de su bolso.

—¿Ha visto a esta chica? —preguntó acercándole la foto a la cara con malos modos.

Henry la cogió sabiendo sin mirar que sería una foto de Elara. Y así era. Una foto formal: Elara con el pelo recogido, la espalda rígida como un palo y la mirada a la cámara. Iba bien vestida. A su espalda se veían estanterías cubiertas de objetos que parecían de cristal y a su lado había una maleta.

Bajó la foto. Toda una vida mintiéndole a su padre sobre todo tipo de cosas lo había convertido en un mentiroso consumado.

—Lo siento, señora —contestó arrastrando las palabras con tono aburrido—. No he visto a esta persona.

La mujer no parpadeó siquiera.

—Mírela mejor —ordenó. Tras ella, el hombre había sacado una lupa y estaba inspeccionando el lugar como si se creyera el detective de una historia.

Henry frunció el ceño y miró la fotografía de nuevo.

—Lo siento, no la he visto. ¿Es familiar suyo?

Los orificios de la nariz se le ensancharon y pareció que los ojos le brillaban aún más.

—La han visto entrar aquí.

Henry puso cara de perplejidad, pero había empezado a sudar por la espalda.

—¿Aquí? ¿Cuándo? Tengo muchos clientes —dijo haciendo un gesto hacia el libro de contabilidad.

La mujer plantó las manos con brusquedad en la mesa que los separaba.

—Dígame qué ha hecho por ella y adónde ha ido.

—No me gusta su tono —dijo Henry con firmeza mirándola a los ojos y deseando que su voz sonara más valiente de lo que realmente se sentía—. Voy a tener que pedirles que se vayan.

Un sonoro golpe llegó desde el piso de arriba.

La pareja se miró.

Pálido, Henry abrió la boca, pero la mujer lo empujó contra la pared de detrás de la mesa sin darle tiempo a contestar. El hombre ya estaba subiendo por las escaleras a toda prisa. Henry tosió, le faltaba el aire y el corazón se le iba a salir del pecho, esperando el momento en que aquellos dos bajaran con Elara a rastras...

Las pisadas del hombre resonaban en el suelo de la habitación de arriba y a continuación se oyó un grito furioso.

—¡No está aquí, Saphie! —Y bajó corriendo.

La mujer rechinaba los dientes con rabia.

Henry resollaba intentando no mostrar la angustia que sentía.

—Ya se lo he dicho —dijo con voz ronca—. No la he visto. Y ahora salgan de mi tienda antes de que llame a un agente del orden.

Daba la sensación de que la pareja habría preferido quedarse y convertir en un infierno la vida de Henry, pero se miraron y optaron por no hacerlo.

Henry los vio salir de la agencia y desaparecer calle abajo. Temblaba de pies a cabeza y le dolía la espalda del golpe que se había dado contra la pared.

No era tan tonto como para subir a ver cómo estaba su huésped. Esas personas podrían verlo desde la ventana. Se sacudió el chaleco y se frotó un poco el pecho para entrar en calor, y después fue a cerrar. Si era de esas personas de quienes huía Elara, podía entenderlo.

Un buen rato después oyó pisadas en el piso de arriba. Se levantó del escritorio y fue a la trastienda, y entonces se encontró a Elara Mercator asomándose en mitad de la escalera.

—¿Se han ido?

—Hace una hora o así —contestó él llenando la tetera en el grifo de cobre. La puso al fuego y encendió la llama.

—¿Le han hecho daño? —preguntó.

—No mucho —contestó él con valentía, aunque seguía doliéndole la espalda—. ¿Quiénes son?

Elara se mordió el labio antes de contestar.

—Son peligrosos, eso es lo único que le hace falta saber.

—El hombre subió a la habitación. ¿Cómo consiguió que no la viera?

—Es una larga historia —dijo ella entrando en la cocina y sentándose en una silla con un suspiro. De repente se la veía exhausta.

—Tengo tiempo para escucharla —dijo él—, si quiere contármelo.

—Es bastante increíble —repuso ella.

—Y llena de secretos, sin duda —replicó él con una sonrisita, y se sentó en la otra silla que había en la cocina.

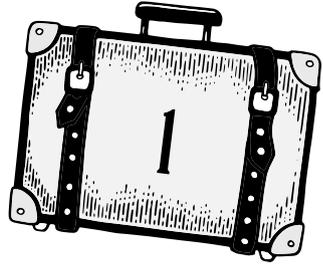
Elara asintió. Después lo miró a los ojos y pareció tomar una decisión.

—Esas personas —comenzó— no son... personas. No como las que usted conoce.

Henry recordó aquellos ojos tan brillantes y la piel fina como el papel, y pensó que tampoco era tan increíble.

—¿Qué son?

Elara inspiró profundamente y comenzó.



Nos llamamos los serenos —dijo Tristyan—. Y mi pueblo es el que creó los cismas. Las palabras resonaron en la mente de Flick durante lo que le pareció una eternidad, aunque, en realidad, solo habían pasado unos segundos. Pero durante esos segundos, sentada en la botica de Tristyan en otro mundo, todo lo que creía saber sobre sí misma, sobre su mundo, sobre la magia y el multiverso, se había vuelto del revés sin darse cuenta.

Miró a Jonathan, de pie a su lado, con la misma expresión de perplejidad que debía de tener ella, y de nuevo a Tristyan. Se dio cuenta de que tenía la boca abierta y trató de recordar cómo se hablaba.

—Ellos... vosotros... creasteis... —Sacudió la cabeza, pero sentía que la tenía embotada.

—Los cismas son fenómenos naturales —comentó Jonathan—. Siempre han existido, no los creó nadie. Aunque —miró a Flick antes de seguir— supongo que sabemos

que sí pueden abrirse otros nuevos, que hay personas que pueden hacerlo.

Mientras tanto, Flick seguía mirando fijamente a Tristyan. Hasta pocos minutos antes creía que aquel hombre alto con aspecto de elfo no era más que un amable boticario que a veces ayudaba a los viajeros procedentes de otros mundos. Pero en ese momento estaba tratando de aceptar la revelación de que era su abuelo. El padre de su propio padre era de otro mundo. Y por lo tanto ella también. En cierto modo. Su vida estaba patas arriba en un abrir y cerrar de ojos.

Felicity Hudson y su amigo Jonathan Mercator formaban parte de la agencia de viajes Extramundos, custodios de un poderoso sistema mágico para viajar por medio de las maletas que se apilaban en una vieja tienda llena de polvo. Dentro de cada maleta había un cisma, es decir, una puerta de acceso a otro mundo, y para viajar de un mundo a otro, lo único que había que hacer era meterse dentro.

Sin embargo, los cismas no solo existían dentro de las maletas, sino que se producían de forma natural por todas partes. O eso era lo que habían hecho creer a Jonathan y a Flick. Oír que los desgarrones y las rasgaduras en la tela del multiverso habían sido creados era como que te dijeran que alguien coloreaba el cielo cada mañana. Parecía demasiado inverosímil para ser cierto.

—No entiendo —dijo Flick—. ¿Qué es un sereno? ¿Yo soy parte serena?

Tristyan negó con la cabeza.

—Permíteme que te lo explique como es debido, por favor. —Les señaló las sillas y ellos se sentaron despacio.

Jonathan seguía aferrándose al trozo de papel que le había dado esperanzas de que su padre desaparecido siguiera vivo. Daniel Mercator, el verdadero Jefe Custodio de Extramundos, llevaba varios meses desaparecido y se le daba por muerto, pero Tristyan les había enseñado ese papel según el cual Daniel podría seguir vivo en algún lugar del multiverso.

—Los serenos no son una especie —dijo Tristyan entrelazando los largos dedos—. Son una organización, algo similar a lo que ocurre con la Sociedad Extramundos. La diferencia reside en que una vez que te conviertes en sereno, se espera que lo seas de por vida. Se convierten en tu familia, tu mundo entero.

—¿Y dónde entra lo de inventar los cismas? —preguntó Jonathan, que no estaba de humor para sentimentalismos.

Tristyan lo miró con una breve y triste sonrisa.

—Al contrario de lo que te han contado, joven, los cismas no han existido siempre. Hubo un tiempo, hace muchos miles de años, en que los mundos del multiverso estaban libres de cismas y desgarrones. Los mundos existían unos al lado de los otros, pero sin saber que los otros existían, por lo que es obvio que no se viajaba entre ellos. Y en un mundo en una realidad muy lejana a la tuya estaban los serenos.

»No eran malos, al menos al principio. Consumían magia para sobrevivir, igual que vosotros consumís co-

mida y agua. Como los seres vivos también producen magia por el simple hecho de existir, había un excedente de magia que permitía que su mundo siguiera girando alegremente. Al principio.

—Creo que sé cómo va a acabar esto —dijo Flick—. Es igual que lo que pasa con los recursos naturales en nuestro mundo, ¿verdad? Se volvieron avariciosos. Es lo que ocurrió con los ladrones en Cinco Luces, que embotellaron tanta magia que causó en su mundo un daño imposible de reparar.

—Exacto. Los serenos son como los ladrones de Cinco Luces solo que a mayor escala —contestó Tristyan con un suspiro—. Comenzaron a utilizar la magia para hacer otras cosas, como hechizos y cosas por el estilo, y a medida que aumentaba su ambición, también aumentaba su consumo de magia. Llegó un momento en que la agotaban sin dar tiempo a que se regenerasen las reservas. Y el grosor de las paredes de su mundo empezó a reducirse.

Flick se irguió en su asiento.

—¿Y se produjo un cisma?

—El primero —respondió Tristyan—. El primero y también el de mayor tamaño. El cisma hizo pedazos su mundo y las réplicas abrieron cismas por todo el multiverso. Cuando eso ocurrió, algunos serenos consiguieron pasar a otro mundo y sobrevivieron. El resto de su pueblo pereció.

—Qué historia tan triste —comentó Flick.

—No te dejes engañar —continuó Tristyan—. La historia no termina ahí. En vez de aprender de sus errores y

rehacer su vida en paz en ese nuevo mundo, utilizando la magia con moderación, los serenos supervivientes retomaron donde lo habían dejado. Fueron pasando de un mundo a otro, usando la magia para alargar su vida, escapando a través de los cismas, ya que mundo que tocaban, mundo que moría. Los serenos ya no son un pueblo, son un virus. Estoy seguro de que fueron ellos los que provocaron los daños iniciales en la ciudad de las Cinco Luces, como también tengo la seguridad de que fueron ellos los que se estaban llevando la magia de El Roto en esas cantidades tan ingentes.

Flick intentó procesar lo que estaba oyendo.

—¿Destruyen mundos? ¿A propósito?

—Eso es —contestó Tristyan—. Aunque llevaban mucho tiempo callados. Pensé que quizá habían desaparecido para siempre. Ojalá. Lo que ocurrió en Cinco Luces y en El Roto demuestran que han vuelto. Los serenos son la mayor amenaza para el multiverso que se pueda imaginar.

—¿Y usted era uno de ellos? —preguntó Flick incrédula.

—No fue elección mía —contestó él—. Según iba creciendo su poder, fueron cogiendo, a falta de una palabra mejor, niños con dotes mágicas, niños que pudieran ayudarlos a obtener aún más magia. Nos criaron y nos enseñaron a ser uno de ellos. No conocía otra cosa. Creía que estaba en el lado de los buenos, hasta que conocí a Aspen Thatcher, de la Sociedad Extramundos. —Sonrió con tristeza—. Ella me mostró lo que eran los serenos en realidad.

—Entonces, ¿se escapó? —preguntó Jonathan.

—Sí —dijo él asintiendo—. Aunque no fui el primero.
—¿Otras personas han huido de ellos? —preguntó Flick—. ¿Quiénes?

Tristyán la miró con una mueca de ironía.

—¿No se te ocurre nadie con unas asombrosas dotes mágicas cuyos poderes parecen salidos de la nada? ¿Alguien que hizo todo lo que pudo para mantener el multiverso fuera de peligro?

Flick se tapó la boca con la mano.

Jonathan se irguió bruscamente.

—¿No se referirá a...?

—Exactamente —contestó él asintiendo con la cabeza—. La primera persona que consiguió escapar de los serenos fue la misma que fundó vuestra sociedad, Elara Mercator.



Desde que Flick forma parte de la Sociedad Extramundos, ha tenido que enfrentarse a más peligros que la mayoría de la gente en toda su vida. Pero nada la ha preparado para descubrir que todo el multiverso está en peligro, amenazado por un misterioso grupo conocido como los serenos.

Los serenos andan a la caza de la maleta más poderosa de todas, la que algunos llaman la última puerta, y eso significa que Flick y sus amigos tienen que encontrarla primero. Están a punto de embarcarse en un nuevo viaje que los llevará a lugares aún más peligrosos y desvelará inquietantes secretos sobre la propia agencia. Y lo peor de todo, no existe garantía alguna de que vayan a sobrevivir...

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1578731

ISBN 978-84-698-9133-9



9 788469 891339